

Del contenido a la experiencia: otras rutas didácticas para filosofar en el aula.

Erick Larraguível Rosas

Introducción. ¿Por qué el filosofar no habita nuestras aulas?

Hay preguntas que no solo interpelan: incomodan. Esta es una de ellas. A menudo la lanzo al aire con mis estudiantes o en cafés filosóficos, no como provocación gratuita, sino como ejercicio de honestidad. ¿Qué impide que filosofemos en serio dentro del aula? ¿Qué expulsa al pensamiento vivo de los espacios escolares?

La pregunta filosófica, por su propia naturaleza, no se acomoda fácilmente en horarios ni en planes de estudio. Remueve, descoloca, hiere certezas. Tiene la costumbre de irrumpir sin pedir permiso, y a veces —literalmente— obliga a cambiar de postura en el asiento, como si el cuerpo intuyera que algo se ha movido en el fondo.

Ahora bien, esta pregunta inicial no es filosófica en sentido estricto. Pertenece al terreno pedagógico, institucional, quizá hasta político. Pero toda persona que ha intentado practicar la filosofía en contextos educativos sabe que el vacío que deja su ausencia es imposible de ignorar.

Presupone, además, una afirmación incómoda: que en muchas aulas, de todos los niveles —incluyendo bachillerato y universidad— no se filosofa. O no se filosofa realmente. Este ensayo parte de esa sospecha, no como certeza dogmática, sino como hipótesis a examinar.

Por ello, se estructura en tres partes: en la primera (I), se aborda qué significa *filosofar* —cuál es su naturaleza, sus condiciones, quién puede hacerlo y cómo ocurre. En la segunda (II), se analiza la estructura misma del aula y sus tensiones con la práctica filosófica: quiénes están ahí, qué roles ocupan, qué tipo

de dinámicas prevalecen. Y finalmente (III), se proponen caminos concretos para que el filosofar no sea un anhelo abstracto, sino una práctica posible y transformadora en el espacio educativo.

1. Filosofar: un ejercicio común y compartido.

Una de las preguntas que más tiempo me acompañó durante mis años de formación fue: “¿qué es la filosofía?”. La encontraba en los títulos de los libros, en las primeras páginas de los cursos, al lado de los nombres de los “grandes pensadores”. Sin embargo, rara vez encontré una respuesta satisfactoria, y cada vez que una definición se ofrecía, otra la contradecía.

Pero otra pregunta, más esquiva aún, permanecía en la sombra: “¿qué es filosofar?”. ¿Qué significa practicar la filosofía? ¿Se trata simplemente de repetir teorías? ¿De leer textos y analizarlos? ¿O de algo más radical?

Hay quien reduce la actividad filosófica a la producción de teoría. Otros insisten en que la teoría y la práctica son inseparables. Mónica Cavallé, por ejemplo, dice con claridad: “La filosofía [en la antigüedad] no era únicamente una actividad teórica que podía tener ciertas aplicaciones prácticas; más aún, en ella, esta división entre teoría y práctica, entre conocimiento y transformación propia, carecía de sentido.” (Cavallé, 2013)

Desde esa perspectiva, filosofar es una forma de vivir, no solo de pensar. Y eso implica que no es exclusiva del filósofo académico. El saber no se encierra entre paredes universitarias, sino que emerge también en la vida cotidiana, en el dolor, la duda, la pregunta. En el Metro, en el mercado, en la sala de espera, en el insomnio.

Jean-François Lyotard lo expresa con crudeza:

“Para la mayoría de la gente, la filosofía está ausente de sus preocupaciones, de sus estudios, de su vida. Incluso para el mismo filósofo, si tiene necesidad de ser continuamente recordada,

restablecida, es porque se hunde, porque se le escapa entre los dedos, porque se sumerge.” (Lyotard, 1989)

Filosofar es una forma específica de pensar. No todo pensamiento es filosófico, pero todo filosofar es pensamiento. Tiene un origen, una disposición subjetiva y una intención: su origen es el asombro o la inquietud; su disposición es la apertura; su intención, la búsqueda de sentido.

El asombro no se agenda. Acontece. Ocurre. Irrumpe y descoloca. Nos hace dudar de lo que dábamos por cierto, y nos pone frente a una escisión interior: entre lo que creíamos cierto y lo que ahora se presenta como incierto. Este dislocamiento hace nacer la actitud filosófica. Dispone al filosofante a pensar(se) y repensar(se). Porque puede “ignorararlo por algún tiempo, falsearlo, interpretarlo falsamente. Pero a la larga, lo que se [le] presenta se resiste [...] vuelve a presentarse a la memoria y a inquietar[le], [...] ofrece resistencia.” (Pieper, 1989)

Esa escisión, ese desgarramiento inicial, es la condición para pensar en serio. No para repetir respuestas, sino para buscar con autonomía y rigor una comprensión propia.

Oscar Brenifier afirma que filosofar ocurre en tres dimensiones: el existencial, el intelectual y el social. No se trata sólo de pensar bien, sino de pensarse a uno mismo, con otros, en comunidad. Por eso el filosofar auténtico siempre tiene algo de diálogo, incluso si ocurre en silencio. Es un diálogo con uno mismo, con el mundo, con los otros.

Y por eso cualquier persona puede filosofar. La condición no es el título, sino la disposición. Quien se pregunta con honestidad por el sentido del amor, del dolor, de la justicia o de la muerte, ya está filosofando. No necesita permiso.

El filosofar no es una profesión. Es un oficio. No requiere especialización, sino práctica. Como en todo oficio, el sello personal cuenta. No hay dos modos idénticos de filosofar, pero todos comparten algo: la voluntad de pensarse de nuevo, de interrogar lo habitual, de abrir espacio a lo que no se sabe.

“Cuando te titules, no serás filósofo, sino un profesional en el estudio de la filosofía”, escuché decir —una y otra vez— durante mis estudios. Y tenían razón. Ser filósofo no es el título. Es la práctica constante de filosofar. Y esa práctica está abierta a todos.

II. El aula como obstáculo: entre la domesticación y el silencio

Recuerdo la frase de una directora escolar en mi infancia: “*No hay mejor salón que aquel donde reina el silencio*”. La decía con solemnidad, como si repitiera un axioma pedagógico incuestionable. Y sin embargo, esa idea encierra una visión del aula profundamente problemática para quien desea que allí se filosofe.

La mayoría de las aulas que he habitado, tanto como estudiante como docente, comparten un diseño similar: paredes cerradas al mundo exterior, una pizarra al frente, y filas de pupitres orientados hacia ella. La disposición espacial produce un efecto simbólico: todo está orientado hacia el que habla. Esa persona suele ser el maestro o maestra, quien ocupa el centro de atención, no solo física sino epistemológica.

Esa estructura responde a un modelo pedagógico que Paulo Freire denominó *educación bancaria*. En él, el conocimiento es un objeto cerrado que el docente “depositará” en los estudiantes. No hay diálogo, sino monólogo. No hay pensamiento crítico, sino memorización. No hay pregunta, sino respuesta ya escrita.

“Quien enseña aprende al enseñar, y quien aprende enseña al aprender. Enseñar no existe sin aprender y viceversa.” (Freire & Fiori, 2022)

Ese modelo no solo inhibe el pensamiento: lo reemplaza por una mecánica repetitiva. Y afecta tanto a estudiantes como a docentes. Los primeros

aprenden que pensar por cuenta propia es irrelevante. Los segundos, que su tarea es llenar vacíos con contenidos.

Iván Illich, en su crítica radical a la escolarización moderna, advierte:

“A su imaginación [del estudiante] se la ‘escolariza’ para que acepte servicio en vez de valor. Se confunde el tratamiento médico tomándolo por cuidado de la salud, el trabajo social por mejoramiento de la vida comunitaria, la protección policíaca por tranquilidad [...]” (Illich, 1975)

Podríamos añadir: se confunde *aprender filosofía* con *memorizar doctrinas*. Se convierte el aula en un espacio lleno de contenidos, pero vacío de pensamiento.

Incluso los modelos educativos que se anuncian como alternativos, con énfasis en la creatividad o el pensamiento divergente, enfrentan un límite estructural. Como señala Brenifier (2012), toda educación es alienante en cierto grado, porque busca insertar al individuo en una comunidad humana que lo precede y lo moldea.

Pero —cabe preguntar con honestidad— ¿a qué tipo de comunidad buscamos integrarlo? ¿Una que valore el consumo, la obediencia, la eficacia? ¿O una que promueva el pensamiento, la crítica y la transformación?

La filósofa Judith Carrizales expone con claridad esta paradoja:

“La práctica docente es generalmente paradójica: por una parte trata de formar estudiantes críticos y creativos, y por otra los orienta en el pensar y el hacer. Esta doble actitud lleva al docente a desear que el estudiante haga lo que él le enseña, pero no porque él se lo enseñe, sino de una manera espontánea [...]” (Carrizales Retamoza, 1998)

Filosofar en el aula exige condiciones específicas. No puede surgir donde hay miedo, imposición o competencia desenfundada. El diálogo filosófico

necesita horizontes compartidos, confianza mutua y, sobre todo, una disposición al no saber.

A continuación, enlisto algunas condiciones mínimas para que el diálogo filosófico sea posible:

1. **Horizontalidad:** cuando el diálogo parte de una jerarquía rígida, corre el riesgo de convertirse en instrucción. Es fundamental que se dé entre interlocutores que se reconocen como iguales.
2. **Respeto mutuo:** todas las voces deben ser valoradas. No como correctas o incorrectas, sino como necesarias para pensar juntos.
3. **Escucha activa:** el silencio en el aula debe ser signo de atención, no de miedo. Hay que escuchar sin interrumpir, sin buscar refutar de inmediato.
4. **Renuncia al monopolio del saber:** el docente debe aceptar que no sabe todo. Y eso no lo debilita: lo humaniza y lo vuelve más potente.
5. **Reconocimiento de la propia ignorancia:** aceptar límites no es derrota, sino condición para el pensamiento. La filosofía no requiere certezas, sino el coraje de habitar la pregunta.
6. **Apertura a la pluralidad:** el aula filosófica es diversa, incompleta, dialógica. No se trata de llegar todos al mismo punto, sino de recorrer el camino con honestidad.
7. **Claridad y rigor:** no basta con hablar: hay que aprender a pensar con orden, a fundamentar, a distinguir conceptos.
8. **Tolerancia a la incertidumbre:** no todas las preguntas se resuelven. Y muchas veces, la potencia del pensamiento está en la tensión, no en la

solución.

Si queremos que el aula sea espacio de pensamiento, hay que desmontar el mito de que el docente tiene el control total, la razón absoluta y la última palabra. Filosofar requiere que ese poder se reparta, que se cree una comunidad de pensamiento.

Por eso propongo sustituir la idea de *socialización* por la de *comunalización*. No se trata de insertar al estudiante en una sociedad dada, sino de construir, con él y con otros, una comunidad crítica, en la que todos seamos aprendices y pensadores a la vez.

III. ¿Cómo filosofar en el aula? Algunas estrategias posibles

Durante los últimos años he trabajado como docente en espacios de educación formal y comunitaria. Ya sea en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM o en los centros PILARES de la Ciudad de México, me he encontrado con una pregunta persistente: ¿cómo llevar el filosofar al aula de forma viva y concreta?

Lo que presento aquí no es un recetario, sino una serie de estrategias que han surgido de la práctica. No son definitivas ni universales. Son intentos, caminos abiertos que pueden adaptarse, modificarse, o incluso fallar. Pero todos comparten un objetivo común: que la filosofía no se enseñe como contenido, sino que se viva como experiencia.

1. Crear espacios seguros

Nada impide tanto el pensamiento como el miedo. Cuando un estudiante teme ser juzgado, corregido, ridiculizado o simplemente ignorado, su voz se retrae. El aula filosófica necesita convertirse en un refugio para la expresión libre, incluso para la duda, la ignorancia o el error.

No basta con “decir” que es un espacio seguro: hay que construirlo con prácticas concretas. Fomentar la colaboración sobre la competencia. Valorar la pregunta sobre la respuesta. Reconocer que no hay pensamiento sin riesgo.

¿Es mejor pensar en compañía o en soledad?

¿Qué ideas de tus compañeros te han hecho pensar diferente?

2. Compartir lo que no se sabe

El docente que solo transmite lo que sabe reproduce el modelo vertical. Pero el que también comparte lo que **no** sabe, abre la puerta a una comunidad de búsqueda.

Decir “no lo sé” frente a una pregunta honesta no es una debilidad, sino una potencia pedagógica. Invita al otro a pensar, a investigar, a proponer. Además, humaniza al docente, lo vuelve interlocutor.

¿Qué podemos aprender cuando reconocemos que no sabemos algo?

3. Suspender el juicio

La práctica escéptica de la *epojé* puede ser una herramienta didáctica poderosa. Consiste en dejar en suspenso el juicio, al menos por un momento, para abrir un campo de exploración.

Un ejercicio divertido: responder “no sé” a todas las preguntas del grupo durante cinco minutos. Luego reflexionar sobre lo que ocurrió: ¿cómo cambia la dinámica? ¿Qué nos revela del deseo de tener respuestas?

¿Siempre es necesario tomar postura?

¿Podemos pensar desde la incertidumbre?

4. Cuestionar los fundamentos

Filosofar implica incomodar lo obvio. Invitar a los estudiantes a preguntarse por el origen, el sentido o la función de lo que aparentemente es neutro o evidente.

Este ejercicio es especialmente fértil en materias no filosóficas. En una clase de biología: ¿por qué importa tanto clasificar? En matemáticas: ¿qué son los números? ¿por qué confiamos en ellos? En química: ¿la salud es una obligación o un ideal?

¿Los métodos de la ciencia son neutrales?

¿Quién decide qué conocimientos son importantes?

5. No resolver por ellos

Muchos conflictos escolares son resueltos por intervención autoritaria del docente. Pero estos conflictos pueden ser una oportunidad para pensar en común: sobre el respeto, la justicia, el perdón.

Facilitar el diálogo entre estudiantes enfrentados, ayudarles a nombrar lo que sienten y lo que piensan, es también una forma de filosofar.

¿Por qué actuaste así?

¿Cómo podrías explicarlo al otro?

¿Qué solución te parece justa y por qué?

6. Complejizar, no simplificar

La prisa por cumplir planes de estudio a veces empuja a dar respuestas rápidas, esquemáticas. Pero el pensamiento requiere lentitud, matiz, ambigüedad.

Sustituir la pregunta “¿cuál es la respuesta correcta?” por “¿qué otras posibilidades hay?” cambia el foco. No se trata de disolver la verdad, sino de explorarla.

¿Qué pasa si pensamos lo contrario?

¿Cómo sostendrías una postura distinta a la tuya?

7. Transformar contenido en experiencia

Filosofar no es solo comprender conceptos: es ponerlos en juego. Por ejemplo, al tratar el tema de democracia, en vez de explicarlo, se puede **experimentar**: pedir al grupo que tome una decisión colectiva sin dar instrucciones. Luego reflexionar sobre lo que ocurrió.

¿Fue justo el proceso?

¿Qué dificultades encontraron?

¿Qué cambiarías?

8. Salir del aula

La filosofía no ocurre solo dentro del salón. A veces, un cambio de espacio es también un cambio de mentalidad. Salir al patio, al parque, a la calle, puede abrir nuevos sentidos.

Relacionar lo que se ve afuera con el tema que se discute: ¿cuántas hojas tiene este árbol? ¿por qué querríamos contarlas? ¿qué sentido tiene medir lo inabarcable?

¿El lugar desde donde pensamos afecta lo que pensamos?

9. Cuestionar la institución

La escuela también puede ser objeto de reflexión filosófica. ¿Por qué existen exámenes? ¿Qué es “portarse bien”? ¿A quién sirve esta estructura?

Cerletti (1996) lo dice con claridad:

“Mantener una actitud crítica implica estar dispuesto a extender el pensamiento cuestionador a todos los ámbitos, aun —o fundamentalmente— a las condiciones de producción y legitimación de los saberes y prácticas institucionalizadas.”

- ¿Qué estás aprendiendo realmente en la escuela?
- ¿Estudiar es un acto libre o una obligación?
- ¿Se puede aprender sin escuela?

Filosofar en el aula no es un lujo, ni un anexo opcional al currículo, ni una actividad decorativa reservada a ciertos temas o momentos. Es una forma radical de habitar la educación. Es convertir el aula en un espacio de presencia, no solo de asistencia; de pensamiento, no solo de contenidos; de humanidad, no solo de instrucción.

Mucho se ha dicho sobre la crisis de sentido en la educación contemporánea. Pero rara vez se plantea que una de sus raíces más profundas es la pérdida del asombro, la expulsión de la pregunta, el miedo a no saber. Recuperar el filosofar es reconectar la escuela con la vida, y al estudiante con su potencia de pensar.

Este texto ha querido trazar algunas rutas posibles. No son únicas ni definitivas. Pero apuntan hacia un desplazamiento necesario: del control al cuidado, del producto al proceso, del resultado a la experiencia. De enseñar filosofía como un bloque cerrado, a abrir el aula para que el filosofar ocurra, se contagie, se extienda.

Tal vez eso baste para empezar: confiar en que pensar juntos todavía importa. Y que en ese gesto —mínimo, pero poderoso— se juega una de las tareas más urgentes de la educación en nuestro tiempo.

Bibliografía

Alliaud, A., & Duschatzky, L. (Eds.). (1998). *Maestros: formación, práctica y transformación escolar*. Miño y Dávila.

Brenifier, O. (2012). *La práctica de la filosofía en la escuela primaria*. Diálogo.

Cavallé, M. (2013). *La sabiduría recobrada: Filosofía como terapia* (2nd ed.).

Editorial Kairós.

Cerletti, A. A. (1996). *La filosofía en la escuela: caminos para pensar su sentido*.

Universidad de Buenos Aires, Profesores Secundarios.

Freire, P., & Fiori, E. M. (2022). *Pedagogía del oprimido* (J. Mellado, Trans.).

Siglo Veintiuno Editores.

Illich, I. (1975). *La sociedad desescolarizada*. Barral.

Lyotard, J. F. (1989). *¿Por qué filosofar? cuatro conferencias* (1st ed.). Paidós.

Martínez Zarazúa, D. (2020). What does philosophizing mean? Interpretation on the object and the condition of Martin Heidegger's ontology. *Estudios De*

Filosofía, (61), 71–89. <https://doi.org/10.17533/udea.ef.n61a06>